

Intelectuales en las nubes



SE ha celebrado un Foro religioso con asistencia de 75 personas venidas de toda la geografía del país. Principalmente lo componían intelectuales inquietos por la perspectiva religiosa, y entre ellos una representación mínima de no creyentes.

La impresión —a pesar de la buena voluntad de todos— fue preocupante: estábamos más o menos los de siempre. No ha existido una renovación clara en los cuadros cristianos —católicos más exactamente— que formen la inteligencia religiosa de nuestro suelo. Y eso es muy grave de cara al futuro.

Además —los pocos que quedamos—, no acabamos de romper los moldes de una tradición que nos hace creernos el ombligo del mundo, y del mundo español sobre todo.

Se debatía en estas reuniones que duraron tres días una ponencia sociológica y otra teológica exponiendo el polémico tema de si la religión es un hecho inútil, o si más bien es algo instrumental que sirve para alguna finalidad práctica fuera de los propios y circunscritos límites de la religión misma. Lo cual no quiere decir que —sea cual sea la hipótesis que sustentemos— dejemos de reconocer que históricamente ha sido manejada la religión por unos y por otros para fines extemporáneos a ella misma. Los profesores que iniciaron el coloquio y el trabajo de los grupos con sus dos ponencias se encontraban al unísono: aceptaban claramente que la religión es —en el sentido antedicho— un hecho inútil, que no tiene una finalidad fuera de sí misma.

Lo sagrado —que es el núcleo de lo religioso— se definió como algo máximamente valioso y al mismo tiempo misterioso, que se capta cuando el ánimo se sobrecoge ante la contemplación de la realidad profunda que nos rodea. Y cuando esta experiencia se encuentra relacionada directamente con el hombre, con el amor a los hombres concretos, es cuando surge lo sagrado cristiano: esa precisamente es la diferencia entre el cristianismo y otras religiones. La religión cristiana —o el cristianismo, mejor dicho— descubre que detrás de este mundo sobrecogedor está el incredi-

ble mensaje de que hay amor tras él, a pesar de su apariencia desconcertante y a veces terrible.

La religión así —y sobre todo la cristiana— era para la mayoría de los asistentes algo que estaba muy cercano a la fiesta, al juego y a la alegría. Sin embargo, otros insistían en que el cristianismo vive la experiencia profunda del mundo actual y de los problemas concretos de los hombres de hoy, y difícilmente resulta coherente una actitud gozosa con el dramatismo que rodea la escalada de injusticias y de conflictos que descubrimos en nuestras sociedades, desde la más desarrollada y sofisticada hasta la más retrasada y primitiva.

Lo que ocurre realmente así es que siempre late en nuestra vida la polaridad compleja y dialéctica en que se mueve el ser humano concreto, si no quiere evadirse completamente de los problemas que le rodean.

Hubo quien observó que si la religión no pretende directamente ser útil para aquel que la vive y practica, sin embargo sí busca lo útil para aquellas personas que ama, y en el caso del cristianismo este amor debe ampliarse tanto, que no puede hacer excepción personal alguna. Por eso el Evangelio tiene una dimensión complementaria que Ernst Bloch definió muy bien como una "utopía realista".

Este mundo académicamente elucubrante que nos rodeó en estos tres días tuvo su contrapartida positiva: el calor humano de las diversas confesiones personales que se hicieron espontáneamente sin ninguna teatralidad, al descender del elevado trono pretencioso en que se sitúan tales juegos intelectuales; y fue muy positiva conocer la experiencia en la que cada uno había vivido su propia intimidad y su expresión exterior.

También con fuerte sentido crítico, alguno relativizó toda definición de la religión haciendo ver cómo estaba siempre vinculada al proyecto religioso concreto de un grupo. Sin embargo —y aquí está la contradicción—, el estudio sociológico de lo religioso tiene que partir de alguna concepción previa del fenómeno; y, por otro lado, esta concepción "a priori" debe ser rectificadora en contacto

con los hechos mismos. Complementariedad otra vez, o —como diría un marxista— dialéctica de la realidad.

Con lo que no estoy conforme es con el afán triunfalista en que muchas veces caemos todavía los católicos llamados progresistas. Y me pregunto al escuchar cosas tan bonitas sobre "la fiesta cristiana", por ejemplo, ¿si se puede llamar fiesta a nuestras Misas actuales completamente horterías con sus guitarras mal tocadas y sus cánticos cursis?; ¿o a las raquílicas eucaristías de muchos pequeños grupos cristianos? ¿Dónde está entonces la fiesta cristiana entre nosotros?; ¿está sólo en nuestra fantasía y en nuestros anhelos de recuperar el protagonismo católico que hemos perdido?

Y refiriéndose al compromiso revolucionario con las cosas de este mundo, ¿está en lo cierto la teología de la liberación, que surgió un siglo después de los grandes estallidos sociales profanos, como son el marxismo y el anarquismo, queriendo hacer ver que Marx o Kropotkin salen de nuestra Biblia, como hace el prestidigitador sacando el conejo de su chistera?

No. Estamos viviendo los católicos de palabras y de deseos grandiosos, ayer conservadores y hoy progresistas, olvidando que Jesús —nuestro modelo— fue un modesto fracasado que nadie le dio gran importancia en su tiempo. ¿Y pretenderemos todavía ser los protagonistas del actual teatro del mundo también?

El quehacer temporal es cosa de todo hombre, y el que sea creyente sacará fuerzas de su vivencia religiosa, y el que no lo sea, de su vital concepción del mundo. Los creyentes deben ser más modestos, aceptando a pie de igualdad que otros no lo son, y —a pesar de ello— construyen sus vidas positivamente. Nosotros ciertamente debemos tener la valentía de nuestras convicciones; pero sin querer con ellas avasallar a nadie. ■